

pero ya se habia anticipado á ella la fama de sus prodigios: pasó por medio de una inmensa multitud de idólatras, sin mirar ni á uno solo, como si pasára por el mas silencioso desierto. Admirólos mas aquella modestia, que los habia admirado la fama de sus milagros. Convirtió desde luego á muchos, y creciendo cada dia el número y el fervor de los fieles, determinó fabricar una iglesia que fuese capaz de contenerlos á todos. Escogió para esto el mejor y mas elevado sitio de la ciudad; pero encontró el estorbo de un gran monte que ocupaba parte del plan que habia trazado. Lleno de fe y de confianza se puso en oracion, y acabada esta, por un prodigio inaudito se retiró aquel monte, dejando libre el espacio que era necesario para el grande y sagrado edificio. Tenia abierto el corazon para todos, y todos recurrían á él en sus necesidades. Sea una de las pruebas este extraño suceso. Habia en aquella provincia un rio, que especialmente en el invierno salia tan furiosamente de madre, que inundaba todo el país, causando grandes estragos. Acudieron al santo obispo los habitadores de aquel paraje, y le suplicaron que se compadeciese de ellos. Fué el Santo en su compañía, llevando en la mano un baston para su descanso, y por el camino los fué hablando sobre el importante negocio de la salvacion. Llegando todos al sitio donde se rompía el dique, los dijo Gregorio que á solo el poder de Dios pertenecia señalar á las aguas los límites que no podian traspasar, y que siendo solo Dios el que podia dar leyes á la naturaleza, de solo él debian esperar el milagro de ver detenidas y suspensas las aguas de aquel rio. No les dijo mas: invocó el nombre de Dios todopoderoso: fijó el báculo en la tierra; (prodigio raro) el báculo seco echó raíces, y se hizo un árbol corpulento, contra el cual venían á estrellarse las olas de aquel rio cuando estaba mas hinchado y mas enfurecido, ni mas ni menos como se estrellan cada dia las encrespadas ondas del mar contra un blando banco de arena. No es nuestro ánimo referir aquí todos sus estupendos milagros: baste decir que su vida fué un milagro continuado. Sostuvo su rebaño con la virtud de su oracion durante la persecucion de Decio, y hácia el fin de su vida se halló en el concilio de Antioquia, donde fué condenado Paulo de Samosata, que negaba la divinidad de Jesucristo. Conociendo que se acercaba el fin de sus dias visitó todo su obispado, y trabajó con tanta felicidad, que nunca estuvo en él mas floreciente la religion. Estando para morir, quiso saber cuántos gentiles habia en la ciudad y en sus contornos: dijéronle que solos diez y siete; y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios, diciendo que dejaba á su sucesor tantos in-

fieles como cristianos habia encontrado él en la ciudad cuando tomó posesion del obispado. Murió santamente después de hacer oracion por ellos, y previno que no le comprasen sepultura, porque deseaba ser tan pobre despues de muerto como habia sido cuando vivia. Murió el dia 17 de noviembre el año de 270, cerca de los setenta de su edad; y fué enterrado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado, la cual se intituló despues de su nombre.

SAN ACISCLO Y VICTORIA, MÁRTIRES.

CÓRDOBA, ciudad tan antigua y magnífica que al hablar de la guerra de Anibal ya trataba de ella Silio Itálico con honor, ha sido en todos tiempos fecunda madre de varones ilustres en las armas y en las letras, en la guerra y en la paz. En esta ciudad nacieron, segun la opinion mas comun, los gloriosos mártires de Jesucristo Acisclo y Victoria, de unos mismos padres, para que una misma educacion en las máximas del Evangelio tuviese el mismo fin, que era dar su sangre por Jesucristo. Nada se sabe de los primeros años de su vida; pero puede suponerse, que dos jóvenes que tuvieron valor tan extraordinario para resistir las amenazas y promesas del astuto Dion, no solo fueron desde el principio bien cimentados en la fe, sino que procuraron consolidarla en su alma con el ejercicio de santas obras. Las actas auténticas de su martirio, sacadas del Códice membranáceo manuscrito que posee el convento de S. Juan de los Reyes de Toledo, son del tenor siguiente:

En el tiempo en que Diocleciano pretendia destruir la religion de Jesucristo en todo el mundo, vino á la ciudad de Córdoba un presidente llamado Dion, en quien se competian el odio contra los cristianos, la crueldad para atormentarlos, y la sagacidad para procurar reducirlos al culto de los falsos dioses. Apenas llegó, sabiendo que en aquella ciudad habia gran número de fieles que adoraban á Cristo por verdadero Dios, promulgó el edicto imperial que se habia publicado por todo el imperio romano, cuyo contenido se reducía á intimar que ofreciese incienso á los dioses del paganismo el que no quisiese sufrir los mas esquisitos y crueles tormentos. Vivían á la sazón en la ciudad dos jóvenes hermanos, llamados Acisclo y Victoria, criados en el temor santo de Dios, á quien daban verdadero y religioso culto, y quienes desde los primeros años de su vida habian siempre ejercitado la piedad dando á Dios alabanzas. Un tal Urbano, oficial del tribunal del presidente, tuvo noticia de los dos Santos, y del tenor

de vida que guardaban, arreglada en un todo á las máximas del Evangelio. Gozoso con semejante descubrimiento, como quien sabia bien cuanto lisonjearia con él la crueldad del presidente, se fué á él, y le dijo: Por fortuna he encontrado dos que desprecian tus edictos, y tienen temeridad suficiente para afirmar que nuestros dioses son de piedra, ó incapaces de dar favor alguno á aquellos que los adoran. Oyó el presidente esta noticia con complacencia por el descubrimiento, y con ira por el desprecio que veia hacer de sus dioses; y así mandó que los siervos de Dios fuesen traídos á su presencia. Obedeciéronse su precepto, y luego que los tuvo delante los habló de esta manera: ¿Sois por ventura vosotros los que despreciáis los sacrificios que se hacen á nuestros dioses, y moveis sediciosamente al pueblo, persuadiéndole que se aparte de su sagrado culto? A lo cual respondió el bienaventurado Acisclo: *Nosotros servimos á nuestro Señor Jesucristo, no á los demonios ni á las piedras inmundas.* Díjole el presidente Dion: ¿Ha llegado á tu noticia la sentencia que hemos mandado que sufran aquellos que no quisieren sacrificar? Respondió Acisclo: *¿Y has oído tú, ó presidente, la pena que te tiene preparada Jesucristo á tí y á tus príncipes?* Al oír esto, comenzó Dion á enfurecerse contra el mártir de Dios: una rabia ferina se apoderó de su corazón para explicarse á su tiempo; pero disimulando por entonces los movimientos crueles que le agitaban, volvió los ojos halagüeños hácia Victoria, y la dijo: Tengo lástima de tí, ó Victoria, como si fueras hija mía; acércate, pues, á las aras, y adora á los dioses para que tengan misericordia de tus culpas, y te libren del error que padeces. Mira que si rehusas acceder á estos consejos de padre, me veré precisado á ejecutar en tí los mas crueles y terribles tormentos. La bienaventurada Victoria, despreciando enteramente las palabras halagüeñas de su discurso, respondió á lo último de esta manera: *Me harás un gran favor, ó presidente, si ejecutares en mí lo que has dicho.* Entonces Dion, volviéndose á S. Acisclo, le dijo: Acisclo, vuelve en tí, y piensa bien que estás en la flor de tu edad, y que es lástima que perezcas en una sazón tan temprana y florida. A esta propuesta respondió S. Acisclo: *Yo no tengo otra cosa que pensar sino en Jesucristo que me formó del polvo de la tierra; pero tú cobardemente intentas obligar á los hombres para que adoren unas imágenes hechas por sus manos, que ni tienen ojos ni sentido alguno.*

Estas animosas respuestas de los Santos encendieron á Dion en cólera, y mandó que quitándolos de su presencia los encerrasen en el calabozo mas tético y profundo. Ejecutóse la orden

del presidente; y encerrados los Santos en la lóbrega cárcel, comenzaron á tributar gracias á Dios, haciendo oracion y entonándole magnificas alabanzas porque les habia dado gracia para vencer las capciosas propuestas del presidente; y confiados en su misericordia, esperaban vencer tambien sus tormentos, que ya habian comenzado á experimentar. Los gentiles, creyendo que debilitadas las fuerzas del cuerpo decaeria tambien aquel ánimo esforzado que habian presentado al principio, les negaron todo alimento. Los Santos llenos de confianza dirigian sus oraciones al cielo, sin cuidarse mas de otra cosa, como si sus cuerpos no fuesen de una materia terrena; pero Dios nunca desampara á los que colocan en él sus esperanzas. En medio de las espantosas tinieblas de aquel horroroso calabozo vieron Acisclo y Victoria que, rompiéndose los cielos, bajaron cuatro ángeles cercados de luz resplandeciente, los cuales les traian del cielo una deliciosa comida que les confortase el cuerpo y les vivificase el espíritu. Al ver los santos mártires una misericordia de Dios tan estraña, hicieron á Dios oracion, y le dieron gracias de este modo: *Dios y Señor nuestro, que eres rey de los cielos y médico de las llagas ocultas, sabemos, Señor, que no nos desamparas, sino que te acordaste de nosotros, y nos enviaste del lugar escelso en que habitas, por medio de tus santos ángeles, una comida de salud, con la cual nuestras almas se han llenado de fortaleza y esperan el fruto de la redencion.* Mientras pasaba esto en la cárcel, el inocuo Dion estaba meditando los medios de apartarles de su creencia, ó de hacerles padecer tales tormentos, que pudiesen servir de escarmiento á los demás cristianos. Mandó, pues, que los sacasen de la cárcel, y los trajesen á su presencia; y habiéndolos traído, les dijo: Haced lo que os mando, y sacrificad á los dioses, porque de otra manera debereis sufrir acerbísimos tormentos. A esto respondió S. Acisclo: *¿A qué dioses nos mandas que sacrifiquemos, ó Dion? ¿Por ventura á Apolo y Neptuno que son dos falsos é inmundos demonios? ¿ó qué dioses nos quieres obligar á adorar? ¿acaso á Júpiter, que es el príncipe de todos los vicios? ¿acaso á la deshonesta Venus? ¿acaso al adúltero Marte? Eh: no quiera Dios que veneremos de ninguna manera á los que tenemos vergüenza de imitar. Lo que yo anuncio al pueblo que está presente, y tú has congregado en este sitio, son los nombres de los santos, cuya compañía espero gozar en los cielos. Porque, ¿á quién quieres tú, ó Dion, comparar con el primero de todos los apóstoles el bienaventurado Pedro, el cual se llama tambien columna de la Iglesia? ¿acaso quieres comparar con él á Apolo, que es la perdicion del siglo? Dime, Dion,*

¿á quién quieres comparar con los profetas y mártires? ¿acaso á Hércules el luchador que vivió facinerosamente, y cometió sobre la tierra los mas execrables delitos? dime, finalmente, ¿á quién quieres que se venere con mayor razon, á Diana, matadora de inocentes, ó á la virgen santa María que engendró á nuestro Salvador y Señor Jesucristo, siendo virgen antes del parto, y permaneciendo siempre virgen gloriosa despues de haber parido? Averguénzate, pues, ó Dion, pues no son dioses aquellos que adoras, sino ídolos despreciables, sordos y mudos. Esta respuesta que fué un discurso patético y convincente de la falsedad de los dioses, cerró la boca al presidente; pero encendió la ira en su corazon, y así mandó que los atormentasen. A S. Aciselo mandó que le azotasen con varas, y á Sta. Victoria que la hiriesen cruelmente en las plantas de los pies. Presenció estos tormentos el tirano, y no teniendo por entonces meditados tan atroces tormentos como se necesitaban para saciar su crueldad, mandó que los llevasen á la cárcel, diciendo: Volvedlos á encerrar hasta que medite las penas con que han de ser alligidos.

Meditólas en aquella noche, y al dia siguiente habiéndose sentado en público tribunal, mandó que los trajesen de la cárcel. Obedecieron los soldados, y al tiempo que los traian, como conocian las gentes la condicion terrible del juez, y los tormentos espantosos á que iban á ser entregados, se movian á lástima de los dos santos hermanos, y aun los mismos gentiles decian en voz alta: O Dios y Señor, en quien creen estos desventurados, ayúdalos, puesto que en tí han colocado su confianza. Luego que los vió Dion á lo léjos, mandó que los presentasen á su tribunal, y mirándolos con un semblante terrible, se volvió á los ministros que le rodeaban, y les dió orden de que encendiesen una grande hoguera y precipitasen en ella á los Santos. Obedecióse inmediatamente el decreto, y aplicando el fuego á gran porcion de materias combustibles, que estaban de antemano preparadas, en breve rato se hizo una hoguera espantosa. Al tiempo que llevaban á ella á los santos mártires, iban estos con un semblante alegre y risueño, como si fuesen al convite mas delicioso; y levantando los ojos al cielo, hicieron oracion á Dios con la firme esperanza que manifestaria en ellos su omnipotencia y su misericordia. En esto llegaron á la hoguera, y fortaleciéndose los Santos con la señal de la cruz, ellos de su propia voluntad y por sus mismos pies se entraron hasta el medio del fuego. Pero ¡oh misericordias del Señor! cuando la grandeza de la hoguera y la voracidad de aquel elemento daba motivos suficientes para persuadirse á que en el mismo instante que entrasen serian abra-

sados y reducidos á cenizas, vieron todos con admiracion, que permanecian entre las llamas sin recibir daño alguno, cantando y alabando á Dios como si estuvieran en un lecho de rosas. El Señor, que habia oido sus oraciones, les envió del cielo á sus santos ángeles; los cuales acompañaban á Aciselo y Victoria en medio de la hoguera, y les ayudaban á entonar magnificas alabanzas al Dios de las alturas con tal dulzura y melodia, que los que estaban al rededor lo oian clara y distintamente. Los satélites y verdugos que de órden del presidente habian encendido la hoguera y estaban ejecutando el suplicio, atónitos y espantados con lo que veian y oian, e fueron á Dion, y le dijeron: O presidente, al tiempo de ejecutar tu mandamiento hemos oido que de en medio de la hoguera se oian muchas voces como de personas, que cantaban y decian: *Gloria sea dada á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Al oír esto el presidente conoció el grave riesgo que corria la gentilica supersticion y el crédito de su persona si los Santos permanecian mas tiempo en el fuego. Mandó que los sacasen al instante, y que se los trajesen delante. Luego que se los trajeron comenzó á mirarlos por todas partes, incrédulo todavia de lo que le habian contado; pero luego que sus ojos examinaron á toda su satisfaccion á los Santos, vió claramente que el fuego no les habia dañado ni en un cabello de la cabeza, y mirándose á sí mismo, bajó los ojos en señal de admirado y de confuso.

¿Quién creyera que un prodigio tan maravilloso de que el mismo Dion era testigo, y que habia causado en él la admiracion y la vergüenza, no le sacaria de sus errores, ó á lo menos, quién no esperaria que templase su saña, y que de allí adelante mirase á los mártires de Jesucristo con ojos mas respetuosos? Este debia ser el efecto de lo que Dion habia presenciado, si su entendimiento estuviera libre de las preocupaciones de la supersticion, y capaz de dejarse herir de los rayos de la verdad; pero por el contrario, su razon ofuscada con las tinieblas del error, miró como prestigios los que eran verdaderos milagros de la omnipotencia; y así lleno de este brutal entusiasmo, dijo á los mártires: ¡O desventurados y miserables! ¿en donde habeis aprendido con tanta perfeccion el arte de hechiceros, que hayais podido hacer que el fuego no os haga daño? Ea, dejad ya esa arte mágica, y venid á adorar y ofrecer sacrificios á nuestros dioses para que ellos tambien os favorezcan. Y tú, ó Victoria, dime, ¿en qué teneis vuestra confianza para persistir tan soberbios en vuestro propósito? ¿qué es lo que decidis de vosotros, ó qué esperais? Entonces la Santa, llena de aquella vivacidad de espiri-

tu y fortaleza que habia causado en ella el milagro del Señor, y enfurecida en cierto modo contra la protervia del inicuo juez, respondió así: *¿No te hemos dicho ya, espíritu inmundo, carnicero y despreciable gusano, que Jesucristo es nuestro padre, nuestro señor, y nuestro salvador, el cual nos da fuerza para vencer á los que no le conocen, y para despreciar vuestras abominaciones, con las cuales engañados adorais á los falsos dioses?* Entonces el presidente, airado con esta respuesta, mandó á sus ministros que llevasen á los dos Santos á la ribera del río, y atándoles al cuello unas grandes y pesadas piedras, los echasen en él para que muriesen ahogados. Ejecutóse así, y atadas unas enormes piedras al cuello, fueron echados al río. Pero los ángeles del Señor, que en la cárcel les habian libertado del hambre y las tinieblas, y en la hoguera habian hecho que la voracidad del fuego no hiciese en ellos el menor daño, sostuvieron ahora tambien á los santos mártires, para que, sin embargo del peso que les habian atado á los cuellos, nadasen sobre las aguas. Era un espectáculo asombroso ver á los Santos andar sobre las aguas del río, como si estas fueran consistentes, y que con los semblantes llenos de alegría, fijos sus ojos en el cielo, en voz clara y perceptible oraban á Dios de esta manera: *Señor Jesucristo, rey de todos los siglos, que siempre estás pronto para favorecer á los que te invocan, y nunca desamparas á los que te buscan, asiste ahora á tus siervos, y manifestando tus maravillas, haz que en esta hora y en estas aguas recibamos el signáculo sagrado: vistenos los vestidos de la inmortalidad, pues tú eres el mismo que anduviste sobre las aguas del río, y las echaste tu bendición, para que recibiendo nosotros la lavadura de regeneración, merezcamos ser limpios de la mancha que contrajimos. Iluistranos, Señor, con vuestra santa caridad, y vistenos del resplandor de tu gloria para que te demos gloria y honor por todos los siglos de los siglos.* Haciendo esta oración, y perseverando los Santos sobre las aguas sin que pudiesen retraerse de las orillas del río los innumerables testigos de aquella maravilla, á eso de media noche oyeron una voz del cielo dirigida á los mártires, que decía así: *El Señor ha oído vuestra oración, ó fidelísimos siervos suyos, y os ha concedido cuanto le pedisteis.*

Al tiempo que sucedían estas cosas vino una nube resplandiente del cielo que se puso sobre sus cabezas, é inmediatamente advirtieron los santos mártires que venia Jesucristo con grande aparato de gloria, y delante de él una multitud innumerable de ángeles que le ofrecían suavísimos aromas, y en dulcísimos himnos le entonaban alabanzas. Alegráronse los Santos con tan mag-

nífica vision, y mirando al Salvador, inundados sus corazones de alegría, dijeron: *Hijo de Dios vivo, Jesucristo invisible, immaculado, que bajaste hoy de lo alto de los cielos acompañado de tanta gloria de ángeles sobre estas aguas del río, y nos diste el vestido de inmortalidad y de renovación, á ti te bendecimos, á ti te alabamos, á ti damos gloria, que con el Padre y con el Espíritu Santo posees un mismo reino de majestad, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, amen.* Finalizada esta oración, salieron por sí mismos del río y se tornaron á la cárcel, en donde fueron introducidos por los santos ángeles que les acompañaban. Llegó á oídos del presidente cuanto habia sucedido, y como los Santos de su propia voluntad se habian vuelto al calabozo; y mandó inmediatamente que los trajesen delante de sí. Luego dió orden á los verdugos que trajesen allí dos ruedas, y que atando á los Santos en ellas, les pusiesen fuego debajo, y les echasen aceite para que la llama fuese mayor, y los Santos fuesen mas prontamente consumidos. Hizose así, y dando vueltas á las ruedas iban despedazándose y quemándose poco á poco los cuerpos de los santos mártires, quienes mirando al cielo, dijeron: *Bendecímoste, Dios nuestro, que estás en los cielos, y á tí, Señor Jesucristo, te damos gracias. No nos desampares en esta lucha, sino antes bien alarga tu mano, y tocando este fuego que nos quema, apágale para que el impío Dion no se glorie con nuestra ruina.* Apenas los Santos habian dicho esto, cuando saltó el fuego de la hoguera con tal violencia, que mató mil quinientos y cuarenta ídólatras de los que estaban asistiendo al suplicio, y divirtiéndose con los tormentos que los Santos padecían. Al mismo tiempo estaban estos tan descansados sobre las ruedas, como si estuvieran sobre unos lechos deliciosos, porque los santos ángeles no cesaban de darles su asistencia. Tan grandes maravillas no pudieron menos de hacer alguna mella en el inicuo tirano, y así mandó que los quitasen de las ruedas, y los trajesen á su presencia. Cuando los tuvo delante, los dijo así: *Básteos ya, ó infelices, de porfia, pues ya habéis manifestado bastante todas vuestras artes mágicas. Venid, pues, aunque tarde, y acercándoos á las aras, ofreced sacrificio á los dioses invictísimos que os sufren. Al oír esto Aciselo, dijo: Insensato, y sin entendimiento ni temor de Dios, ¿no ves con esos tus ojos ciegos las grandezas de Dios, que hizo el Padre celestial juntamente con su unigénito y coeterno hijo Jesucristo Señor nuestro, el cual libra á todos sus siervos de vuestras manos inicuas?* Entonces Dion, lleno de ira, mandó que separasen á Aciselo de Victoria, y que á esta la cortasen los pechos. Ejecutóse el bárbaro decreto, y al tiempo que

los verdugos hacian la cruel operacion, dijo Sta. Victoria: *Dion, de corazon de piedra é indigno de participar para siempre jamás de las virtudes de Cristo, mandaste que me cortasen los pechos, pero vuelve esos ojos y mira, para tu confusion, como en lugar de sangre sale de ellos leche; y mirando la bienaventurada Victoria al cielo, dijo: Gracias te doy, Señor Jesucristo, rey de los siglos, que te has dignado concederme el que en obsequio de tu santo nombre me fuesen cortados todos los impedimentos de mi cuerpo, porque sé que ya ha llegado la hora en que quieres que deje este mundo, y vaya á gozar de tu inefable gloria.*

Habiendo dicho esto, mandó el pérfido Dion que volviesen á la cárcel á Aciselo y Victoria; y habiendo sido ejecutado, vinieron todas las matronas que habia en Córdoba á consolar á Victoria, admiradas de las penas que habia sufrido: traíanla para este efecto muchos presentes y regalos de los bienes que poseian; y entrando en la cárcel, la encontraron sentada meditando en las grandezas de Dios. Postráronse inmediatamente á sus pies besándolos muchas veces. La Santa las hablaba de los divinos misterios; y las matronas llegaron á admirarse tanto de su sabiduría, de su fortaleza y virtud, que siete de ellas se convirtieron, creyendo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Al dia siguiente mandó el impiísimo Dion que se los trajesen, y teniéndolos en su presencia, dijo á la Santa: *Victoria, ya ha llegado tu tiempo: acérate y conviértele á los dioses; y si así no lo hicieres, te arrancaré el alma.* La venerable Victoria le respondió: *Impío Dion, de hoy ya mas no tendrás descanso ni en este siglo ni en el futuro.* Oyendo esto el presidente, y no pudiendo sufrir la injuria, mandó que la cortasen la lengua. Pero la bienaventurada Victoria levantó sus manos al cielo, y dijo: *Dios y Señor mio, criador de toda bondad, que no desamparaste á tu sierva, mírame ahora desde tu santo trono, y manda que yo acabe la vida en este sitio, porque ya es hora de que descanse en tí.* Apenas acabó de hacer esta oracion, cuando se oyó una voz del cielo que decia: *Inmaculados y limpios que tanto trabajasteis, venid, que ya están los cielos abiertos para vosotros, y en ellos teneis un reino reservado. Todos me glorifican y bendicen por causa vuestra, porque desde el principio sufristeis mucho por mí, y todos los justos se regocijan con la noticia de vuestra batalla y de vuestra victoria.* Y de allí á un poco se oyó otra voz que les decia: *Venid á mí, santos míos, y recibireis las eternas coronas y el premio de vuestra pelea.* Oyó Dion esta voz del cielo, y mandó que cortasen la lengua á Sta. Victoria, porque mientras habian durado aquellas hablas celestiales no habian ejecutado los verdugos el

primer decreto. Cortáronla la lengua, y recibiendo en la boca Sta. Victoria el pedazo que la habian cortado, se la escupió al juez en la cara, y dándole en un ojo le dejó ciego. Entonces la Santa exclamó en voz alta diciendo: *O Dion deshonesto y puesto por Dios en tinieblas, deseaste comer el órgano de mi cuerpo, y cortar mi lengua que bendecia al Señor, justamente perdiste la vista, pues viniendo sobre tu rostro la palabra del Señor, te dejó ciego y privado de toda luz.* Este hecho acabó de consumir la ira de Dion, el cual rabioso y enfurecido, ya por la ceguera que padecia, y ya por las injurias con que le afrentaba, mandó que la asaeteasen. Llevaron á Sta. Victoria al lugar del suplicio, y habiéndola tirado dos saetas, que quedaron clavadas en su bendito cuerpo, á la tercera que la dió en el costado, perdió la vida consiguiendo al mismo tiempo un ilustre martirio. A S. Aciselo mandó que le llevasen al anfiteatro, y que allí le degollasen.

Nota.

Fué este glorioso triunfo tal dia como hoy, el año no se sabe. Quedaron sus sagrados cadáveres en los sitios donde padecieron, Victoria en lo alto de la ciudad, Aciselo á la orilla del rio. Llegada la noche, una piadosa mujer llamada Minciana ó Miniciana, fué desde su casa hasta los Marmolejos y plaza de S. Salvador, y recogiendo el cuerpo de Sta. Victoria, bajó á la orilla del rio y le dió sepultura junto con el de S. Aciselo. Venida la paz á la Iglesia, se edificó allí un templo con la invocacion de los santos mártires. Erigióse un altar en el lugar de su sepulcro segun la costumbre de aquellos tiempos. Fué este templo muy frecuentado y venerado de los godos, y tambien en la dominacion de los árabes, de lo cual quedan hartas memorias en S. Eulogio y otros escritores de aquel tiempo. Allí fueron sepultados S. Perfecto y san Sisenando, y depositadas las cabezas de las santas Flora y María y S. Argimiro, y quemados los santos Fausto, Genaro y Marcial. Cuando los sarracenos eran señores de Córdoba, Adulfo, conde ó juez de los cristianos que habia en aquella ciudad, hizo una copiosa donacion de libros sagrados á la iglesia de estos santos mártires, lo cual celebró con dos epigramas Cipriano el arcipreste de Córdoba. Se ha hecho una gran division de las reliquias de S. Aciselo. S. Eulogio envió una canilla á Wilesindo obispo de Pamplona. Ambrosio de Morales dice que en el monasterio de benedictinos de S. Roman, dicho de Hormisga entre Tordesillas y Toro, hay reliquias de nuestro Santo desde el siglo VII. Roa dice que desde el año 668 las hay tambien en Medina Sidonia en la ermita que llaman de Santiago del Camino. En el monas-

terio de S. Salvador de Breda en Cataluña, tambien de benedictinos, hay sesenta y dos pedazos de huesos de S. Acisclo y Victoria, llevados de Córdoba á principios ó á la mitad del siglo XIII en virtud de donacion hecha por el vizconde de Cabrera D. Geraldo, y confirmada por su hermano D. Ramon de Cabrera en mayo de 1263 (*). En tiempo de Carlo Magno hácia los años 810, fueron llevadas a Tolosa de Francia las cabezas y otras insignes reliquias de nuestros mártires, y colocadas en la que despues fué iglesia catedral de S. Saturnino. Las que quedaron en Córdoba fueron trasladadas á la iglesia de S. Pedro en el año de 1125. La antigua iglesia de S. Acisclo y Victoria fué dada despues de la conquista á los monges Bernardos, en el año 1530 pasó á los religiosos de la órden de Sto. Domingo.

El culto de estos Santos es antiquísimo, tienen oficio propio en el Rito Gótico; en el códice Veronense hay tambien memoria de la fiesta de S. Acisclo.

SANTA GERTRUDIS, VÍRGEN Y ABADESA.

SANTA Gertrudis fué de una familia ilustre, y nació en Eisleben, ó Islebe, en la Alta Sajonia, y fué hermana de santa

(*) El P. Domenech en su *Historia de Santos de Cataluña*, acerca de las reliquias de nuestros santos Acisclo y Victoria dice lo siguiente: «Tiénelos la ciudad de Córdoba por sus singulares patronos, y como afirma el bienaventurado mártir S. Eulogio, en la destruccion de España quedaron allí sus cuerpos, y hay algunos que pretenden que aun están allá, y no falta quien dice que están en Tolosa. Pero la verdad es, que aunque quedaron en Córdoba en la venida de los moros á España, despues fueron llevadas sus santas reliquias á Cataluña, al lugar de Vidreras, y puestas á un castillo del vizconde de Cabrera, llamado S. Acisclo, y despues el vizconde les dió á S. Salvador de Breda. Como consta de algunos autos, y se saca de un auto auténtico que yo he visto en el archivo del monasterio de S. Salvador de Breda. Porque el ilustre D. Geraldo, vizconde de Cabrera, que fundó la villa de Hostalrich, teniendo mucha devocion al dicho monasterio de S. Salvador de Breda, le dió el cuerpo del glorioso S. Acisclo, y despues por mas seguridad hizo aprobar la dicha donacion y traslacion á su mismo hermano D. Ramon de Cabrera, y este auto del dicho D. Ramon se halla ahora en el archivo del mismo monasterio, como está dicho. Paréceme digno de advertencia de que en este auto no se hace mencion alguna de Sta. Victoria, y creo, debe ser la causa de esto la pureza de tanta sencillez, y tan poca curiosidad de aquellos tiempos, en los cuales es cierto, que en los autos auténticos de algunos cuerpos santos, nunca si eran dos, reparaban en nombrar sino al primero tan solamente.»

Mechtilde. A los cinco años de su edad fué ofrecida á Dios en el convento benedictino de Rodalsdorf, y á los treinta electa abadesa de aquella casa en el año de 1251; y al siguiente fué obligada á tomar á su cargo el gobierno del monasterio de Heldefs, á que fué trasladada con sus monjas. Siendo jóven habia estudiado la lengua latina, como era costumbre entre las monjas: escribia y componia en este idioma muy bien, y era medianamente versada en la sagrada literatura. Siempre miró como principal obligacion y destino de su estado la contemplacion y la oracion, y así consagraba á estos ejercicios la mayor parte del tiempo. La pasion de nuestro Redentor era el objeto favorito de sus devociones; y cuando meditaba en ella, ó en la sagrada Eucaristía, por lo comun no podia contener los torrentes de lágrimas que derramaban sus ojos. Hablaba de Cristo y de los misterios de su adorable vida con tanta energia y tantos transportes de amor, que arrastraba los corazones de los que la oian. Eran muy familiares á esta Santa los raptos y los éxtasis del amor divino, con los dones celestiales de su oracion. Ella misma cuenta que oyendo una vez estas palabras, *yo he visto al Señor cara á cara*, que las estaban cantando en la Iglesia, vió como un rostro hermosísimo lleno de luz, brillos y resplandores, cuyos ojos penetraban su corazon, y llenaron su alma y su cuerpo de una delicia inesplicable que no puede espresar lengua alguna. El amor divino que en su pecho ardia, y consumia su alma, parecia el único principio de todas sus acciones y afectos. Para esta preciosa gracia se preparó su pura alma con la crucifixion de su corazon para el mundo, y para los apetitos desordenados de toda especie. La vigilia, el ayuno, la abstinencia, la obediencia perfecta, y una constante negacion de su propia voluntad, fueron las armas con que domó su carne, y estirpó y subyugó cuanto podia haberse opuesto á que reinase la voluntad de Dios en su alma y en sus afectos. Pero en esta obra tuvo la parte mas principal la profunda humildad, y la mansedumbre perfecta; las cuales pusieron los cimientos al edificio de todas las virtudes á que la elevó la divina misericordia. Aunque estaba adornada de unos talentos naturales superiores, y de los dones mas extraordinarios de la divina gracia, su mente estaba penetrada y enteramente persuadida á los sentimientos de su propia bajeza y de sus imperfecciones. Todo su deseo era que todos los demás la despreciasen tambien, y solia decir, que la parecia uno de los mayores milagros de la infinita bondad de Dios, el que sufriese su divina Majestad que la sustentase la tierra. Aunque superior y madre de todas las demás, se portaba con ellas como la mas hu-